



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

34.- La actitud ante el débil



unánimes

Estudios Bíblicos

O.34.- La actitud ante el débil

1. El texto

Romanos 15:1-7

Los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación, porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: «Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí». Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza. Y el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios.

2. Introducción

El comienzo del capítulo 15 tiene la apariencia de un nuevo principio. En realidad el apóstol resume lo que ha estado diciendo sobre los débiles, e indica cuál ha de ser la actitud de los fuertes hacia ellos. Pero el comienzo no se detiene allí. Pronto se amplía en su alcance y fija la atención de toda la congregación—y de todos aquellos que posteriormente serán puestos en contacto con esta carta—en Cristo, cuyo ejemplo de abnegación a favor de otros debiera ser seguido tanto por los débiles como por los fuertes.

3. La responsabilidad de los fuertes

Los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos.

Cuando Pablo dice: “*Los que somos fuertes*”, se ubica a sí mismo entre los fuertes. Y cuando continua: “*debemos soportar las flaquezas de los débiles*”, quiere decir, “Hay una obligación moral-espiritual que pesa sobre nosotros, los fuertes; a saber, no pensar solamente en nosotros sino también en las necesidades de otros, y en el caso que nos ocupa, en las necesidades de los que son débiles”.

Lo que Pablo dice aquí no puede estar muy lejos de la exhortación suya que encontramos en la carta que envió a los Gálatas:

Gálatas 6:2

Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.

La expresión “*sobrellevar... las cargas de los otros*” no significa meramente “tolerar”, o “soportar” dichas cargas, ni siquiera “ser indulgente” con ellos y “tener paciencia” con los que las tienen. Significa “Debemos poner nuestros hombros bajo esas cargas y ayudar significativamente a nuestros hermanos débiles a llevarlas”.

¡Nobleza obliga! Gente de alta cuna debe conducirse noblemente con los demás. Este bien conocido dicho, aplicado a la presente situación, significaría que aquella gente altamente privilegiada que han sido dotados de una percepción clara del significado liberador de la muerte de Cristo para la vida diaria, de modo que se los llama correctamente “los fuertes”, tienen la obligación de comportarse de una manera acorde con su alto privilegio. Por eso deben ayudar de un modo vigoroso, generoso y gozoso a las personas que son (en algún sentido) menos privilegiadas, “los débiles”.

Cuando Pablo agrega: “*y no agradarnos a nosotros mismos.*”, no quiere decir: “Nosotros, los fuertes, nunca debemos hacer nada que promueva nuestros propios intereses”. Agradar a Dios por sobre todas las cosas y al hacerlo, agradar también a quienes llevan su imagen, inclusive a nosotros mismos, es precisamente el propósito para el cual Dios nos creó y redimió. Lo que aquí se condena “al agradarnos a nosotros mismos” es que hagamos caso omiso de cómo “éste agradarnos” afecta a otros.

Sin embargo, la aprobación divina ni siquiera recae necesariamente sobre cada esfuerzo por agradar al prójimo. Tal cual lo indica Pablo a los Gálatas, hay un esfuerzo por agradar al prójimo que es nocivo.

Gálatas 1:10

¿Acaso busco ahora la aprobación de los hombres o la de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo.

Aquel que, por ser “agradable” con algún propósito egoísta, ajusta sus velas a cada brisa de opinión o preferencia, actúa perversamente. La persona que “con motivos ulteriores” brega por complacer a otros es condenada. Como se ha señalado antes y enfatizado por Jesús en el Sermón del Monte, no es solamente el hecho sino también—quizá aun más que el hecho—el motivo y propósito los que cuentan. Es por tal razón que Pablo dice:

4. Agradando para lo bueno

Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación,

En otras palabras, teniendo como meta el provecho espiritual de ese prójimo. Ahora bien, el hacer el bien para beneficio de otros hace que Pablo recuerde a Cristo, cuyo ejemplo debiéramos seguir. Por lo tanto él prosigue:

5. El ejemplo de Cristo

...porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: «Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí».

Esto significa que Cristo se está dirigiendo a Dios, y diciendo: “Por amor a mi pueblo tomo sobre mí mismo los vituperios hechos contra ti”. La principal lección que Pablo quiere enseñar es esta: Si Cristo, el Santo, estuvo dispuesto a tomar sobre sí mismo tanto sufrimiento, en forma de insultos lanzados contra Él por sus enemigos, ¿no debiéramos nosotros entonces estar dispuestos a sacrificar un poco del placer de comer y beber por amor a nuestros hermanos creyentes?

Veamos ahora los detalles:

- a. Tal como lo hace con frecuencia, Pablo dirige la atención de sus lectores a Cristo. Al hacer esto, ¿no estaba imitando a Cristo? En relación con este tema deben evitarse dos extremos: el de negar la verdad que primera y principalmente Cristo no es nuestro ejemplo sino nuestro Salvador, y adicionalmente el de negar que hay un sentido en que nuestro Salvador Jesucristo es ciertamente también nuestro ejemplo. ¡Por supuesto, Él no puede ser nuestro ejemplo a menos que sea primeramente nuestro Salvador!
- b. Las palabras “Cristo no se agradó a sí mismo” son un ejemplo notable de “litotes” o afirmación muy modesta de su maravilloso, total y abnegado sacrificio a favor de los pecadores.
- c. Cuando se pregunta: “¿Por qué se refiere el apóstol a los insultos que fueron lanzados contra Cristo por los hombres en vez de referirse a la mucho más terrible ira de Dios que él sufrió?”, la contestación puede ser que al hacerlo Pablo logra que su argumento sea tanto más eficaz, ya que los insultos lanzados contra Cristo por los hombres fueron oídos, discutidos y recordados, en tanto que la ira de Dios permaneció oculta.
- d. Pablo cita el Salmo 69:9 *«Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí»*. El Salmo 69 es uno de los seis salmos a que se hacen la mayor cantidad de referencias en el Nuevo Testamento, siendo los otros los salmos 2, 22, 89, 110 y 118.
- e. Según el Salmo 69:9, interpretado a la luz del contexto que le antecede inmediatamente, era el “celo” por la casa de Dios el que consumía al que hablaba, a saber Cristo, según se lo describe en este pasaje del Antiguo Testamento. La lección implícita es que también los creyentes “fuertes” de la nueva dispensación han de estar llenos de celo; deben estar deseosos de hacer sacrificios no sólo por sus hermanos “débiles”, sino también y más aun, por Dios, Deberían esforzarse por promover su gloria.

Lo correcto de apelar a la Escritura, como lo hace Pablo con frecuencia, y como lo acaba de hacer, está basado en el principio incorporado en el siguiente texto:

6. El valor del Antiguo Testamento

Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.

¡He aquí un pasaje práctico e inolvidable! En pocas palabras nos informa que, si nuestro sistema de fe ha de significar algo para nosotros, debemos practicarlo. Todo lo que fue escrito en las Escrituras—que para Pablo era lo que hoy llamamos el Antiguo testamento—fue escrito “para nuestra instrucción”.

Como sucede con frecuencia, también aquí la palabra “enseñanza” indica mucho más que la comunicación de conocimiento intelectual. El énfasis, de hecho, recae en el conocimiento práctico, conocimiento que puede ser, y debe ser, aplicado a vivir la vida como creyente. Dos cosas son necesarias para que los escritos sagrados nos sean de beneficio:

- a. **Perseverante paciencia.** Cualquiera que estudie diligentemente las Escrituras, pidiéndole a Dios que aplique sus enseñanzas a su corazón y vida, será herido por ellas una y otra vez, porque se dará cuenta cada vez más de que la distancia entre su propia conducta y el ideal con que las Sagradas Escrituras la confrontan es verdaderamente grande. Sin embargo, debe orar pidiendo fuerzas para persistir en este estudio, aprendiendo cada vez más como aplicarlo a su vida.
- b. **El aliento de las Escrituras.** Aquellos que por gracia y poder de Dios persisten en ese estudio práctico descubrirán que estos escritos sagrados, no sólo hieren sino que también curan. En efecto, ellos están llenos de promesas alentadoras que, cuando se las acepta por medio de la fe que Dios da, resultan en el nacimiento y crecimiento, en los corazones de los hombres, de la esperanza cristiana firmemente enraizada.

Por consiguiente, lo que Pablo dice es que el modo de lograr que la Escritura se transforme en bendición para nosotros, y por medio de nosotros para otros, es ponerla en práctica.

En la conmovedora conclusión de su libro, el Coronel E. W. Starling enfatiza que para el bienestar nuestro y de la nación debemos comenzar a entender que el cristianismo no es solamente una teoría que hay que creer sino una fuerza vital.

7. El propósito final de todo

Y el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

En el presente pasaje se retoman del versículo anterior los dos conceptos, la “paciencia” y la “consolación”. El apóstol, dirigiéndose a los miembros de la iglesia de Roma y a todos

los otros, que entonces o después, conocerían el contenido de esta epístola, pronuncia la solemne plegaria y deseo que sus lectores, por medio del uso práctico y devocional de las Escrituras, y habiendo sido hechos receptores de las dos preciosas bendiciones ya mencionadas, puedan alcanzar la meta de vivir en armonía los unos con los otros.

En consecuencia, Pablo expresa la oración/deseo que los verdaderos creyentes en todas partes y de toda clase, sean “fuertes” o “débiles”, se esfuercen por alcanzar la meta de vivir en armonía los unos con los otros y también de ese modo vivir de acuerdo con el ejemplo y la voluntad de Cristo Jesús.

No es necesario que los cristianos piensen exactamente lo mismo sobre cada asunto. Pero es necesario que en las vidas de todos los hijos de Dios el amor de Cristo Jesús sea reflejado y su voluntad hecha. Será así que lleguen a estar verdaderamente unidos en una comunión santa y poderosa, un cuerpo.

Es de este modo, y solamente de este modo, que el propósito expresado se cumplirá, a saber, que “con un solo corazón y una sola boca glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”.

La expresión: “El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” no debe presentar dificultades. El título “Dios de nuestro Señor Jesucristo” pone el énfasis en la naturaleza humana de Cristo, y lo de “Padre de nuestro Señor Jesucristo” llama la atención a la naturaleza divina del Hijo, porque no se alude aquí a una filiación nativista sino trinitaria, el tipo de filiación en la cual Cristo, por cualquier nombre que se lo llame, es puesto en pie de igualdad con el Padre y el Espíritu.

Si no detuviéramos en este punto, todavía no le habríamos hecho justicia a esta hermosa oración/deseo. Para captar el verdadero significado del pasaje debe analizarse también la situación en que estaba Pablo en el momento en que dictó esta epístola.

Como se demostró anteriormente en la introducción, cuando Pablo escribió Romanos se encontraba trabajando en Corinto. De ninguna manera puede decirse que vivía acomodado en dicha ciudad; ni ahora, ni anteriormente.

Además, aun antes de redactar Romanos, el apóstol había experimentado una serie de aflicciones tan penosas y amargas que bien podemos preguntarnos si bajo circunstancias similares muchos pastores de hoy en día no hubieran enviado su carta de renuncia.

No obstante, la resolución de Pablo de continuar está tan firmemente anclada que, pase lo que pase, él igual se regocija en el Señor, y habla aquí en este texto de Dios como fuente de

la “perseverante paciencia y consolación” de los creyentes. Además, cuando se pone a pensar en el Salvador, su entusiasmo no conoce límites, de modo que su lenguaje se mueve hacia una culminación impresionante: “Cristo”, “Cristo Jesús” o “nuestro Señor Jesucristo”. ¡Qué maravilloso líder cristiano, este Pablo! Más bien, ¡qué maravilloso Dios, fuente de perseverante paciencia y aliento, este Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!

8. El cierre del argumento paulino

Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios.

Lo que Pablo dice equivale a algo así: “Así como Cristo os recibió para que por medio de dicha aceptación Dios fuese glorificado—ya que Él ciertamente es glorificado por los corazones y las vidas de los aceptos—así, con el mismo propósito esencial en mente, deberíais aceptaros los unos a los otros”.

El alto ideal expresado aquí, a saber, vivir en armonía los unos con los otros y glorificar a Dios de boca y corazón, se transforma en la base para la exhortación de que los lectores se acepten unos a otros. Lo que aquí se enfatiza es el carácter recíproco de esta aceptación. No sólo debe el fuerte aceptar al débil, sino que también el débil debe recibir al fuerte.

Antes de dejar este pasaje cabe señalar que entre (a) la aceptación de pecadores por parte de Cristo, transformándolos en amados hijos e hijas, y (b) la aceptación recíproca entre ellos, hay una diferencia cualitativa casi infinita.

Para Cristo el aceptar pecadores significó nada menos que dejar las glorias del cielo, entrar en las miserias de la tierra y sufrir una muerte tan angustiada que no hay palabras para describirla. Para los pecadores salvos el aceptarse mutuamente no implica ningún sacrificio tal.

9. Conclusión

Pablo está tratando todavía sobre los deberes mutuos de los miembros de la iglesia, y especialmente de los más fuertes hacia los más débiles en la fe. Este pasaje nos da un resumen maravilloso de las señales que deben caracterizar la comunión fraternal.

- a. La comunión cristiana debe tener como una de sus características la consideración entre los miembros. Cada uno debe pensar, no sólo en sí mismo, sino en los demás. Pero esta consideración no debe degenerar en una laxitud facilona y sensiblera. Debe ir encaminada al bien y a la edificación en la fe del otro. No es una tolerancia que surge de la falta de interés, sino la tolerancia que sabe que, para ganar a una persona, hay que arroparla con un ambiente de amor y no bombardearla con una batería de críticas.

- b. La comunión cristiana debe tener como una de sus características el estudio de la Palabra de Dios. De allí debe proceder nuestro ánimo. Desde este punto de vista la Escritura nos provee de dos cosas: Nos informa de la relación que Dios ha tenido con una nación, un informe que es la demostración de que siempre es mejor estar en buena relación con Dios y sufrir, que estar a bien con los hombres y evitarse problemas. Los acontecimientos de la historia de Israel demuestran que al final les va bien a los buenos y mal a los malos. La Biblia demuestra, no que el camino de Dios es siempre fácil, pero sí que a fin de cuentas es lo que hace que la vida tenga buenos resultados en el tiempo y en la eternidad. Además nos comunica las grandes y preciosas promesas de Dios. De estas maneras la Biblia comunica al que la estudia consuelo en la aflicción y ánimo en la lucha.
- c. La comunión cristiana debe tener como una de sus características la entereza, que es una actitud del corazón ante la vida. De nuevo nos encontramos con esta gran palabra griega “hypomoné”. Es mucho más que paciencia; es la capacidad victoriosa que puede con la vida; la entereza que no se limita a aceptar las cosas, sino que, al aceptarlas, las transforma en gloria.
- d. La comunión cristiana debe tener como una de sus características la esperanza. El cristiano es siempre optimista, y nunca pesimista. La esperanza cristiana no es algo que no cueste nada. No es la esperanza inmadura que es optimista porque no ve las dificultades ni se ha enfrentado con las experiencias de la vida. La esperanza cristiana lo ha visto todo y lo ha sufrido todo; pero no desespera, porque cree en Dios. No es esperanza en el espíritu, la bondad o el éxito humanos, sino en el poder de Dios.
- e. La comunión cristiana debe tener como una de sus características la armonía. Por muy adornada que esté una iglesia, por muy perfectas que sean su liturgia y su música, por muy generosas que sean sus colectas, habrá perdido lo más esencial de la comunión cristiana si le falta la armonía. Esto no quiere decir que no debe haber diferencias de opinión, o que no deben producirse discusiones ni debates; pero sí quiere decir que los que están en la iglesia ya han resuelto el problema de la convivencia. Están absolutamente seguros de que el Cristo que los une es infinitamente más grande que las diferencias que puedan tener.
- f. La comunión cristiana debe tener como una de sus características la alabanza. Una prueba certera para conocer a una persona es preguntar si el principal registro de su voz es la queja descontenta o la jubilosa acción de gracias. El cristiano debe gozar de la vida, porque goza de Dios. Se llevará el secreto consigo mismo; porque siempre estará seguro de que Dios hace que todo contribuya a su bien.

- g. Y la esencia de la cuestión es que la comunión cristiana tiene el ejemplo y la inspiración de Jesucristo. Él no se agradó a sí mismo. Es significativo que, cuando Pablo habla de soportar las debilidades de otros, usa la misma palabra que se aplica a Cristo llevando la cruz. Cuando el Señor de la Gloria eligió servir a otros en lugar de buscar su propia seguridad, estableció un modelo que debe aceptar todo el que trate de ser su seguidor.

Pablo hace el último llamamiento para que todos los de la iglesia estén en consenso, para que los débiles y los fuertes en la fe se vean como parte del mismo cuerpo, para que judíos y gentiles vivan en perfecta comunión. Puede que haya diferencias, pero no hay más que un Cristo, y el lazo de unión es la común lealtad a Él.

La obra de Cristo fue para los judíos y para los gentiles. Eso fue para que se cumplieran todas las grandes promesas que Dios había hecho a los antepasados del pueblo de Israel, y para que viniera la Salvación a los judíos en primer lugar. Pero Cristo vino no sólo para los judíos, sino para toda la humanidad.



